



EL HOMBRE DE LOS ESTRENOS



o le conocí una vez que mudé de fonda, que, como diría D. Juan Ruiz de Alarcón:

«Sólo es mudar de dolor.»

Entré en el comedor á las doce del día, y me ví solo.

Habían almorzado ya todos los huéspedes, menos uno, cuyo cubierto, intacto, estaba enfrente del mío.

A las doce y cuarto entró un caballero robusto, alto, blanco, de grandes ojos azules claros, con traje flamante, si bien de corte mediano, pechera reluciente, bigote

engomado. Parecía un elegante de provincia.

Me saludó con una cabezada, y con voz sonora, rimbombante, gritó, mientras daba una palmadita discreta:

— ¡Perico, fritos!

Pedía huevos fritos, según colegí del contexto, ó sea de los huevos que aparecieron acto continuo, fritos efectivamente.

El caballero, á quien sin más misterio llamaré desde ahora D. Remigio, pues éste era su nombre, D. Remigio Comella, para que se sepa todo, colocó á su lado, á la derecha, sobre el terso mantel, cinco periódicos, uno sobre otro. Desenvolvió el primero, después de hacer igual operación con la servilleta, que puso sobre las rodillas, no sin meter una punta por un resquicio del chaleco de piqué blanco. Paseó una mirada de águila... del Retiro por la plana primera del papel impreso, que olía así como á petróleo; dió la vuelta á la hoja con desdén, miró todas las columnas de la segunda plana de arriba á abajo, y al llegar á la tercera, respiró satisfecho; me miró á mí casi sonriendo, dobló otra vez el periódico á su modo y se abismó en la lectura

de aquellas letras borrosas, que apestaban.

Por cada bocado de pan mojado en la yema de huevo leía media plana. Terminó su lectura, cogió otro periódico y volvió á las andadas. Al llegar á la plana tercera, siempre doblaba el papel y me miraba á mí como aquel que está reventando por decir algo. Así leyó todos los periódicos. ¡Y los huevos, fríos, sin acabar de cumplir su misión sobre la tierra!

Yo soy muy aprensivo, sin que esto sea pretender bosquejar mi biografía, soy muy aprensivo; y por aquel tiempo escribía en los periódicos de Madrid revistas de teatro, que Dios me haya perdonado. Aquellos huevos fríos se me estaban indigestando á mí. ¿Dónde hay cosa más contraria á la higiene que comer y andar, es decir, comer y leer al mismo tiempo? Yo, que tengo el estómago un poco averiado — olviden ustedes este dato en cuanto quieran — y que ya por la época á que me refiero estimaba mucho más la salud que *el veredicto del público ilustrado y el fallo de la crítica en la prensa periódica*, estaba sintiendo las náuseas que debiera sentir aquel señor que devoraba párrafos incorrectos en vez de al-

morzar como Dios manda. Dos ó tres veces estuve tentado á recitar aquello de

«Bebiendo un perro en el Nilo,
al mismo tiempo corría.
— Bebe quieto — le decía
un taimado cocodrilo.»

Pero es claro que contuve mi deseo. No temía yo hacer el papel de cocodrilo inocente, pero al *desconocido* no le gustaría el de perro. Más adelante, cuando fuimos amigos *íntimos*, de esos que se insultan, le llamé muchas veces animal, y él á mí *crítico apasionado*, que era, en su opinión, el mayor improprio. Pero entonces todavía no teníamos confianza. No habíamos cambiado ni una palabra.

Yo conocí por la *topografía* de los periódicos, que el otro leía las revistas de teatros. La noche anterior había habido un estreno. Demasiado lo sabía yo, que no me había acostado hasta las dos por cumplir mi deber, mal pagado, de llamar majadero en buenas palabras al autor del drama.

Entre los periódicos que se tragó mi comensal estaba el mío. Fué el último que leyó. Mi revista le hizo torcer el gesto va-

rias veces y convertir las cejas en acentos circunflejos. Y de vez en cuando me miraba á mí, distraído, como consultándome, como preguntando qué me parecía aquello que estaba leyendo él.

Un incidente del servicio nos obligó á cambiar algunas palabras; él las enganchó en otras relativas ya á la prensa, y yo aproveché la ocasión para decirle — ó reventaba — que se le habían enfriado los huevos y que era malo leer y comer. No sé si fué indiscreción, pero se lo dije.

El, agradecido, empezó á abrirme su corazón y me preguntó si había visto «el drama de anoche».

Dije que sí. — Qué tal me parecía. — Muy bien — respondí; — así deben ser los dramas. — Lo mismo opinaba él, y se le antojaba que algunos críticos eran sobrado exigentes.

— En el drama de anoche hay moralidad, hay verosimilitud, hay exposición, enlace y desenlace imprevisto. ¿Qué más querrán estos periodistas?

Sin embargo, me confesó que él no podía pasar sin leer todo, absolutamente todo lo que decía la prensa acerca de un drama

al día siguiente del estreno; leía, comparaba, juzgaba; no había mayor placer.

—¿Es usted literato? le pregunté.

—No, señor; soy de Cuenca. He venido en alzada, quiero decir, me han traído ante el Tribunal Supremo; vengo á ver si consigo, á fuerza de recomendaciones, que se haga justicia, que casen una sentencia; y al mismo tiempo pienso asistir á la boda de un hermano de mi mujer, empleado en Hacienda.

—Todo es casar.

—¡Ja, ja, ja! Eso es. No está mal. Eso es... casación... casamiento... perfectamente... Equívoco ó juego de palabras... ¿Usted escribe?

Vacilé un momento; pero como no estoy acostumbrado á mentir, así Dios me salve, respondí al cabo:

—Sí, señor... por cobrar... Y como no sé hacer otra cosa... No, y eso... lo hago mal, pero es lo único que puedo hacer...

Me embrollé en mis alardes de modestia. Quería yo decir que escribía sin ilusiones, y que cualquier otro oficio sería más difícil para mí.

—¿Es V. escritor festivo? preguntó el

comensal abriendo mucho los ojos, creo que dispuesto á soltar una carcajada si yo decía que sí.

—¿Festivo?... No, señor; por mi desgracia soy escritor de todos los días...

—¡Ja, ja, ja! Muy bien, juega V. muy bien con el vocablo...

—Crea V. que es sin querer.

—Yo he querido decir si era V. autor satírico... humorístico... vamos...

—Sí; ya sé, ya sé. Pues diré á V. Según caen las pesas. Cuando hay que llamar tonto á un escritor, sería muy feo decirselo con seriedad; entonces soy satírico ó humorístico, como V. quiera.

—¿Es V. crítico según eso?

—Algunos amigos de la prensa me lo han llamado, pero yo no puedo asegurárselo á V.; pero crea V. que si lo soy es sin intención. Y V., ¿cómo tiene esa afición al teatro y á la crítica viviendo en Cuenca, donde no creo yo que la escena...

—Diré á V., yo vivo y no vivo en Cuenca. Quiero decir, que vengo á Madrid muy á menudo y paso aquí grandes temporadas. A veces traigo á mi mujer.

—¿Tiene V. niños?

—Cuatro. El mayor es así... (una vara).

—¿Y la señora es también aficionada?...

—Á la Dulce Alianza y á los pastelillos del Suizo. Pero si la llevo en coche, va al teatro también. Á los estrenos no me gusta llevarla. Ya ve V., siempre hay exposición.

—¿Exposición?...

—Claro... con esto del naturalismo y el idealismo, y lo de si el teatro moraliza ó no... yo he tenido ya tres lances y varias bofetadas. Mire V., aquí para entre nosotros (bajando la voz para que no le oiga Perico), tengo pensado trasladarme á Madrid. Cuenca se me cae encima. Allí no saben lo que es arte. No se discute nada. Si casamos la sentencia y se casa mi cuñado... es lo más probable que cojamos los trastos y nos vengamos aquí todos. El suegro de mi cuñado es persona de buenas aldabas, y yo... creo que, sin alabarme, en Contribuciones soy un espada. He rematado los consumos una vez en Cuenca. Me arruiné y arruiné á mi mujer; pero práctica no me falta... En fin, que me casen el pleito y que se case Angel, y Dios dirá.

El Sr. Comella había comido ya los huevos fritos, unos langostinos á la vinagreta

y un *bisté*, rociándolo todo con Burdeos de su uso particular. Estaba colorado, se limpiaba los bigotes á cada trago y se incorporaba muchas veces para hablarme.

—Mire V., no tengo inconveniente en decir á V. todo esto, porque me ha inspirado confianza desde el primer momento, y basta que sea V. crítico...

—Le advierto á V. que además soy doctor en Derecho civil y canónico, y tengo algunas tierras... aunque pocas...

—Bien; eso no importa...

—Se lo digo á V. por lo de la confianza.

Me levanté; Comella hizo lo mismo; me tendió la mano derecha y me ofreció los objetos siguientes:

Él.

Su mujer.

Los cuatro niños.

Una casa, una choza, en la calle*** núm.***, en Cuenca.

Alguna renta consolidada.

Y una fábrica de papel si se casaba la sentencia de marras.

Yo no le ofrecí á él más que mi humilde persona.

* * *

Ocho días después no me lo podía quitar de encima. Iba conmigo á la redacción, al *Bilis-Club*, en la Cervecería Escocesa (no sé si irá todavía), y siempre que yo tenía dos butacas para un teatro, una era suya sin remedio. Él me obsequiaba á mí tanto, me pagaba tantos cafés, tanta cerveza, tantas cosas, por más que yo protestaba, y hasta me enfurecía, que no había manera de desairarle. Había que pagarle con algo. Yo, billetes de Banco no los tenía; le daba billetes de teatro. Le pagaba con *tifus*, según la jerga corriente, sus numerosas atenciones. Así como á otros les da un poco de vergüenza presenciar gratis las comedias, á Remigio (le quito el don por la confianza que ya teníamos) á Remigio le gustaba mucho; se daba tono, y no paraba hasta que se lo hacía entender á los circunstancias. Estar ocupando las butacas *del Tal ó la Cual...* ¡qué honor! ¡si lo supieran en Cuenca!

Con una semana de anticipación se enteraba de la noche en que había un estreno.

Él iba á la redacción á buscar las butacas. Si el autor del drama en capilla era tan amable que me regalaba los billetes, el

orgullo de Remigio rayaba en insoportable. Se sentaba en la butaca, molestando sin ninguna consideración al vecino, «miserio mortal, que ni conocería al autor probablemente, y habría pagado un dineral por sentarse allí.»

Antes de tratarme era enemigo de Echeagaray. Me confesó que era de los que gritaron «¡Fuera!» la noche del estreno de *Mar sin orillas*. También me confesó que cuando iba al teatro por su dinero no tenía criterio fijo; solía arrimarse disimuladamente á los grupos de críticos que disputaban; y si había entusiasmo en la sala y en los pasillos, se metía en medio del corro á que acudía, sin disimulo.

— Más de una vez me ví rodeado, sin saber cómo, de Revilla, Bofill, Cañete, Picón, Llana, Bremón, Alfonso y otros muchos, á ninguno de los cuales tenía el honor de tratar. Pero todos me tomaban por amigo de los demás, y como yo era el único que no hablaba, todos se dirigían á mí. Francamente, esto me ponía loco de orgullo. ¡Qué lástima no conocer á cualquiera de aquellos señores para hacerle presentarme á los demás!

— Por regla general — continuaba Remigio — yo prefería el teatro moral y optimista. Cuando un padre rico, v. gr., perdonaba á su hijo la calaverada de haberse casado con una pobre honrada, y todo se volvía contento y bromitas inocentes en el escenario, á mí se me caían lágrimas así, y lloraba y reía; y salía del teatro diciendo: «Esto edifica.»

Pero semejantes ideas, contra las cuales esgrimía yo entonces mi pluma en los periódicos, fueron pronto ridículas á los ojos de mi amigo el de Cuenca.

Era yo — y sigo siendo, aunque más prudente — muy entusiástico partidario del teatro de Echegaray; y mi buen Remigio, sea porque creía pagarme así las butacas, ó por conciencia, se convirtió en un defensor temerario é imprudentísimo de mis aficiones.

Y tan allá fué en lo de sostener que el teatro de Fulano era *ñoño*, y el de Zutano inverosímil, y el de Mengano inocente, que al fin juzgó que yo era tibio, y luchaba por su cuenta en los pasillos. — Mientras estábamos en las butacas, yo procuraba contenerle... y buena falta le hacía.

Se levantaba el telón. Ya empezaba Remigio á batirse, á comprometerse; él, un padre con cuatro hijos.

— ¡Chis! ¡chitón! ¡silencio! ¡esas toses! — gritaba, y clavaba unos ojos insultantes en un pacífico espectador que buscaba su butaca inútilmente cerca de las nuestras.

— ¡Silencio! ¡dejar oír!

— Caballero, busco mi sitio.

-- No es aquí.

— Número 7, fila tercera... mire usted.

— ¡Pero de orquesta, señor; pero de orquesta! — gritaba Remigio furioso, con voz apagada.

— ¡Chis! ¡chitón! -- le decían á él entonces los vecinos.

— Usted dispense... — murmuraba el de la orquesta.

¡Qué había de dispensar Remigio!

— ¡Valiente animal! — decía á media voz, casi deseando que lo oyera el otro. — Será un envidioso...

Y volviéndose á mí, furioso porque había perdido una escena — ¿qué ha pasado? ¿quién es su padre? — me preguntaba. — Entéreme usted en dos palabras.

Y yo, con gran paciencia, me ponía á enterarle, aunque sin poder decirle quién era el padre, porque tampoco yo lo sabía...

Remigio ponía la atención en mi relato y los ojos en el escenario, y de repente me interrumpía y me asustaba, gritando como un loco:

—¡Bravooo! ¡Bravooo! con unas asonancias en la boca que daban miedo. Era que otros entusiastas aplaudían *un pensamiento*, y Remigio, que no lo había oído, repetía los aplausos como un eco.

—¡Bravooo! ¡Bravooo! insistía en gritar, y acto continuo, volviéndose á otro espectador, preguntaba:

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho? ¿Por qué hemos aplaudido?

Pero en aquel instante tosían en los palcos y en las butacas de atrás; tosían de buena fe probablemente, pero Remigio se volvía, miraba con descaro, desafiando al mundo entero, comprometiéndose; miraba á los palcos y gritaba:

—¡Esas toses! ¡Silencio!

—¡Que calle él!

Y callaba; pero una frase de Calvo le entusiasmaba inmediatamente, y Remigio

se levantaba estrujando los adornos del sombrero de una señora ¡pobre señora! que tenía delante.

—Señora, V. dispense, tenía yo que decir; porque mi amigo, que ya no se sentaba en todo el acto, lo que se llama sentarse, aplaudía, aplaudía sin cesar; todo, todo era sublime, lo que oía y lo que no oía.

Ya habían llegado los tiempos ominosos en que empezó á ser moda llamar al autor en medio de un acto para aplaudirle alguna ocurrencia, y Remigio era de los primeros en pedir el careo de Echegaray con el público, sobre todo si había habido toses que á él, á Comella se le antojasen maliciosas, ó una voz imprudente de ¡fuera! ó ¡silencio!

—¿Cómo silencio? ¿Cómo fuera? Ahora verán ustedes....

—¡No irritarle! decía yo á los vecinos muerto de vergüenza. Pero ya no era tiempo.

—¡El autor! ¡Ahora mismo el autor! ¡El solo, que salga él solo! ¡Fuera Calvo, fuera Vico! ¡Fuera el apuntador! ¡El autor solo!...

Terminado el primer acto, Remigio se